

cardiaca, flatos, humedad en las extremidades...
¡Todo eso es endiablado!...

— ¡Qué contratiempo! — murmuró Jorge.

— Despacharla — resumió doña Felicidad.

Cuando quedaron solos, dijo Jorge a Luisa:

— ¿Qué te parece de esto? Es preciso sacudirnos de ella. No quiero que se muera en casa.

Ella quitándose las horquillas dijo que no se podía hechar á la pobre mujer para que se muriera en la calle... Recordó lo que había hecho por la tía Virginia... Hablaba dejando caer las palabras con tiento como quien anda en terreno falso... Podía dársela algún dinero para que fuese á vivir fuera...

Jorge dijo después de unos instantes de silencio:

— No tengo inconveniente en darla diez ó doce libras esterlinas y que se vaya... que se las arregle...

— ¡Diez ó doce libras! — pensó Luisa.

Y de pie, ante el tocador miraba su rostro en el espejo con una *saudade* indefinible.

* * *

Porque la crisis llegaba. Si Jorge insistía en despedirla, ella no podía sin provocar temible explicación, decirle: *No quiero que se vaya, quiero que muera aquí*. Y Juliana viéndose despedida, enferma y sin ver que Luisa se interponía y la reclamaba, se vengaría indudablemente. ¿Qué hacer?

Levantóse agitadísima. Juliana estaba muy fatigosa y no se había levantado. En tanto Juana ponía la mesa, Luisa sentada en la butaca junto al balcón del comedor leía maquinalmente el *Diario de Noticias* sin entender lo que leía, cuando la siguiente gaceta en lo alto de la página la sobresaltó:

“Mañana sale para Francia nuestro amigo el conocido banquero señor Castro, socio de la casa, Castro, Miranda y Compañía. Se retira de los negocios de esta plaza para establecerse definitivamente en Francia, cerca de Burdeos, en cuyo punto posee una hermosa propiedad..”

¡Castro! ¡El hombre que la daría cuanto dinero le pidiese! ¡Se iba!

Una idea se la ocurrió de pronto haciéndola estremecerse y ponerse de pie, pálida, conmovida. ¡Santo Dios, si la víspera de irse él, la misma víspera, con-

sintiese en... ¡Oh! ¡Era horrible! No, no debía pensarlo...

Pero reflexionó y se sintió débil contra la tentación creciente que se le enroscaba en el alma con caricias persuasivas. ¡Se salvaría! ¡Daría los seiscientos mil reis á Juliana y aquel demonio podía morir lejos, muy lejos, si quería!...

Y él, aquel hombre tomaría el vapor. ¡No tendría que ruborizarse ante él porque su secreto estaría en el extranjero, tan seguro como en una tumba! Aparte de esto, si Castro sentía verdadera pasión por ella, tal vez prestase sin condiciones...

¡Buen Dios! Al siguiente día podía tener en el cajón del ropero los billetes, el oro... ¿Por qué no? Sintió ansioso deseo de libertad, de vivir feliz, sin agonías, sin martirios...

Volvió á su cuarto, se puso á arreglar el tocador, mirando de reojo á Jorge que se vestía. Delante de él tuvo remordimiento... Ir á pedir dinero á un hombre... sufrir su mirar lascivo, sus palabras equívocas... ¡qué horror! Pero después sutilizó. Era por Jorge, por él... Era para evitarle la pena de "saber" para poder amarlo libremente, toda la vida, sin celos, sin reservas...

Durante el almuerzo no habló. El rostro simpático de Jorge la atraía, el del *otro* la parecía antipático... ¡Le odiaba ya!

Cuando marchó Jorge, quedó nerviosa. Se fué al balcón: el sol la pareció encantador: la calle la llamaba fuera. ¿Por qué no?

La áspera voz de Juliana resonó en la escalera de la cocina, y aquel rumor odioso la decidió bruscamente.

Se vistió con cuidado; era mujer, y quiso parecer bonita. Llegó sofocada á casa de Leopoldina, cuando daban las doce en San Roque.

La halló vestida y á punto de almorzar. Se quitó el sombrero y explicó claramente á Leopoldina lo que había resuelto. Quería el dinero de Castro, dado ó prestado; lo quería, y debía valerse de todos los medios. Jorge quería despedir á "aquella mujer," y temía su venganza. Quería el dinero y allí estaba para obtenerlo.

—¡Pero hija, así de repente!—dijo admirada Leopoldina.

—Castro se va mañana á Burdeos y es preciso, es necesario hacer algo... pronto...

Leopoldina propuso escribirle.

—Lo que quieras. Aquí estoy ya.

Leopoldina se sentó á la mesa y tomando un pliego de papel comenzó á escribir con la cabeza de lado.

Luisa se paseaba nerviosa. Tenía una firme resolución, que se fortificaba con la presencia de Leopoldina. ¡Estaba harta de humillaciones, de sustos, de noches llenas de pesadillas! Quería saborear la vida y su amor sin cuidados y con el corazón alegre:

—Oye—dijo Leopoldina leyendo:

"Querido amigo: Deseo hablarle: es un asunto grave: venga usted en cuanto pueda, que acaso me lo agradezca. Le espero hasta las tres lo más tarde.

"Siempre de usted amiga,

„LEOPOLDINA.„

—¿Qué te parece?

—¡Horrible! Pero, no, está muy bien. Borra eso de "acaso me lo agradezca." Es mejor.

Leopoldina copió la carta y la mandó con Justina en un coche.

—Y ahora voy á almorzar, porque me flaquean las piernas.

—Puedes estar segura—dijo Leopoldina bebiendo té á grandes sorbos—de que Castro es hombre para cualquier secreto. Si te da el dinero, que sí te lo dará, de su boca no saldrá palabra. En eso es un modelo. Ya ves tú: fué amante de la Videira muchos años y ni aun á su íntimo Mendoza dijo nada, ni lo más mínimo. ¡Es un pozo!

—¿Qué Videira es esa?—dijo Luisa.

—Una alta, nariguda, que va en *landeau*.

—¡Pero si pasa por mujer formal!...

—Pues ahí verás. Pasar... pasan. ¡La cuestión está en buscarles el flaco, hija mía!

Y llenando de mantequilla grandes rebanadas de pan, se puso á hablar de los escándalos de Lisboa, "á tirar de la manta". Citaba nombres, especialidades que, después de ser Lucrecias, gastaban en devociones tardías el resto de su sensibilidad, acabando muchas en las sacristías. De otras que cansadas de su virtud monótona, preparaban "su cuarto de hora" en una residencia, como Cintra ó Cascaes. ¿Y las solteritas? Peste en ellas, que aun conservan el derecho de decir "mamá". Otras más prudentes, temiendo los resultados del amor, se refugian en las precauciones del libertinaje. Eso sin contar las señoras que á la vista de sus hijos completan el marido con un individuo suplementario...

Exageraba mucho, ¡pero las odiaba tanto! Todas habían sabido conservar la exterioridad decente que ella había perdido y maniobraban con habilidad, donde ella había derramado sinceridad solamente. Y mientras conservaban sus relaciones, la estimación de la corte y la asistencia á las *soirees*, ella lo había perdido todo siendo solamente la Quebraes.

Luisa hallábase enervada por aquella conversa-

ción. En aquella universalidad del vicio, la parecía que su caso, como edificio entre nieves, perdía su relieve duro y, sintiéndose tan poco visible, llegaba á justificarse.

Quedaron calladas vagamente, adormecidas por aquel sentimiento de general desmoralización en que las resistencias y los orgullos languidecen y ceden como las plantas de una estufa saturada de insalubres emanaciones.

—Este mundo es una historia—dijo Leopoldina levantándose con esperezos.

—¿Y tu marido?—preguntó Luisa.

Había ido á Oporto. Estaban pues, como querían, y hasta podían cometer crímenes.

Leopoldina, echándose sobre el canapé de su cuarto, con el cigarro en la boca, empezó también á lamentarse.

Estaba aburrida de la vida, llena de fastidio; todo lo hallaba monótono y quería algo desacostumbrado, nuevo; sentía salir el tedio por todos los poros de su cuerpo.

—¿Fernando entonces?...—dijo Luisa distraidamente, sin separarse del balcón.

—¡Valiente idiota!—respondió Leopoldina.

No; realmente quería algo, sin poder precisar qué era. A veces se le ocurría meterse monja y entonces estiraba muellemente los brazos. ¡Eran tan insípidos los hombres que conocía, tan manoseados los placeres que gustaba! Deseaba otra vida más aventurera, peligrosa, que la hiciese palpitar de emociones; ser mujer de un bandido, navegar á bordo de un navío pirata. En cuanto á aquel Fernando, le daba náuseas y cualquier otro que le sucediese, sería lo mismo. ¡Estaba harta de hombres y se creía dispuesta á tentar á Dios!

Y después de abrir la boca con bostezo de enjaulada fiera, dijo:

—¡Me aborrezco á mí misma!

Quedaron en silencio unos instantes.

—¿Pero qué le hemos de decir á este hombre?— preguntó Luisa de pronto.

Leopoldina contestó con dejadez soplando el humo del cigarro:

—Pues que necesitas un *conto* de reis, ó seiscientos mil reis. ¿Qué más vas á decirle?... Que se lo pagarás...

—¿Cómo?

—En cariño.

—¡Oh, es horrible!—exclamó Luisa exasperada.

—Me ves desesperada, medio loca, y, á pesar de ello, te ríes y te burlas, llamándote mi amiga...

Su voz casi lloraba.

—¡Es que haces unas preguntas muy tontas! ¿Cómo se le va á pagar? ¿No lo sabes?

Se miraron un momento.

—¡No; ahora mismo me voy!—exclamó Luisa.

—¡No seas criatura!

Paró un coche en la calle y apareció Justina. No estaba el señor Castro en su casa y fué al escritorio. Allí le encontró y la dijo que venía en seguida.

Luisa, muy pálida, conservaba su sombrero en la mano.

—¡Eso no!—dijo Leopoldina casi escandalizada.— Tú no me dejas ahora sola con él. ¿Qué le diría yo?

—¡Es horrible!—murmuró Luisa dejando caer los brazos. Solicitada por el interés y contraída por la vergüenza, hallábase acongojada.

—Es como si tomaras un purgante—dijo Leopoldina con cínico gesto; y añadió, viendo el terror de Luisa:—¡Qué demonio! ¿Desde cuándo es deshonesto el pedir dinero prestado? Todo el mundo pide.

—Se oyó otro carruaje que llegando al trote largo se paró en la puerta.

—¡Entra tú... háblale tú primero...—dijo Luisa alzando las manos con ademán suplicante.

Sonó la campanilla. Luisa, temblando, miraba á todas partes con los ojos muy abiertos, como buscando una idea, una resolución ó un rincón para esconderse. Se oyeron pisadas de hombre sobre la estera, allí cerca, en la sala. Leopoldina la dijo en voz baja y lentamente, como para que grabase en el alma las palabras, una á una:

—Acuérdate de que dentro de una hora puedes estar salvada, ser libre, con tus cartas en el bolsillo y feliz.

Luisa se levantó con decisión brusca; fué á ponerse polvos de arroz, se alisó el cabello y entraron en la sala.

Al ver á Luisa, se inclinó Castro, bajando la gorda cabeza en la que sus cabellos empezaban á clarear.

Sobre su abdomen redondo, que las piernas cortas hacían parecer panzudo, descansaba ostentosamente el medallón de la cadena del reloj y llevaba en la mano un bastoncillo con puño de plata, representando una Venus retorciendo los brazos. Tenía el cutis encarnado subido y parecía tan contento de su vida como un gorrión satisfecho.

—¡Cómo! ¡Era preciso llamarle para echarle la vista encima!—comenzó Leopoldina. Luego presentó á Luisa "su íntima amiga y compañera de colegio", y agregó:—¿Pero cómo no ha venido usted por aquí?

Castro, en una mecedora, golpeando sus botas con el bastón, se disculpó con los preparativos de la marcha.

—¿Luego es cierto que nos deja?

Castro se inclinó.

—Mañana, en el *Orinoco*.

Esta vez no han mentido los periódicos.

—¿Y cuánto tiempo estará usted ausente?

—*Per omnia sæcula sæculorum*.

Leopoldina se admiró. ¡Dejar á Lisboa un hombre tan querido y que tanto podía divertirse!

—¿No es verdad?—dijo á Luisa, para sacarla de su embarazoso silencio.

—Ciertamente—murmuró Luisa.

Estaba sentada en el borde de la silla, asustada y dispuesta á huir.

La insistente mirada de Castro, tras de los lentes, la molestaba.

Leopoldina reclinóse en el sofá, y amenazando con el dedo:

—¡Ah! En este viaje á Francia hay de por medio faldas...—dijo.

El lo negó con fatua sonrisa.

Leopoldina no encontraba belleza en las francesas, solamente *chic*, animación...

Castro las declaró adorables, sobre todo para la vida alegre. ¡Ah, las conocía bien! Como madres de familia no decía nada; pero para una cena ó un ratito de *can-can*, no había otras. Lo afirmaba convencido, porque, como los burgueses de su calle, juzgaba á doce millones de francesas por seis *divettes* del café-concierto, ¡que le habían costado mucho y fastidiado más!

Leopoldina, lisonjeramente, le llamó seductor.

El, sonriente, contestó atusándose el bigote:

—Calumnias... calumnias...

Leopoldina dijo, volviéndose á Luisa:

—Ha comprado una quinta magnífica en Burdeos, un palacio...

—Una chocita, una chocita...

—¡Y dará fiestas magnificas!

—Tes, modestos tes...—decía él regodeándose.

Ambas se rieron falsamente.

Castro se inclinó hacia Luisa:

—Tuve el gusto de ver á usted, hace tiempo, en la calle del Oro...

—Sí, creo que recuerdo...—respondió Luisa.

Y quedaron callados. Leopoldina tosió, se sentó más á la orilla del sofá y dijo sonriendo:

—Pues... le mandé llamar, porque tenemos que decirle una cosa...

Castro se inclinó. *Palpaba* con la mirada á Luisa.

—Esta es la cuestión. Voy derecha y sin preámbulos al asunto...—y sonrió;—mi amiga está en un gran apuro y necesita un *conto* de reis.

Luisa interrumpió con voz casi ahogada:

—Seiscientos mil reis...

—Igual da—exclamó Leopoldina con opulenta indiferencia;—estamos hablando con un millonario. Esta es la cuestión: ¿puede usted hacerle ese favor?

Castro se incorporó y dijo con tono ambiguo:

—Ciertamente, ciertamente...

Leopoldina se levantó:

—Bueno, me voy: me espera en mi cuarto la costurera. Dejo á ustedes hablar del asunto.

Y desde la puerta dijo maliciosamente á Castro:

—Que sea bajo el interés... ¿eh?

Y se marchó riendo.

Castro se inclinó hacia Luisa y la dijo:

—Pues señora, yo...

—Leopoldina le ha dicho la verdad; estoy en un gran apuro metálico... y me he dirigido así... Son seiscientos mil reis... que procuraré pagar lo antes posible...

—¡Oh, señora!—dijo Castro con generoso ademán. Agregó que comprendía perfectamente que todos

tenian sus apuros... y lamentaba no haberlo conocido antes, porque siempre le fué simpática... ¡muy simpática!

Luisa, con los ojos bajos, callaba. El fué á dejar el bastón junto á la jardinera y volvió á sentarse junto á ella. Viendo su turbación, la rogó que no se afligiese. ¡No valía la pena por materia de dinero! El tenía el mayor gusto en servir á una joven tan interesante... Había hecho bien en dirigirse á él. Sabía de señoras que se dirigían á agiotistas que las explotaban y eran indiscretos... Y hablando así, la cogió la mano. Al contacto de aquel apetitoso cutis le hervía el deseo, haciéndole dar fuertes resoplidos. Luisa, cohibida, no retiró la mano, y abrazándola Castro, con voz ronca, la prometió "todo, todo cuanto quisiese..." Sus ojos encandilados devoraban el blanquísimo cuello de Luisa.

—Seiscientos mil reis... lo que quiera...

—¿Y cuándo?—preguntó Luisa turbada.

El vió palpar su seno, y ante el torrente de su brutal deseo, exclamó:

—¡Ya!

La cogió por la cintura, la atrajo hacia sí y la dió un beso hambriento: casi la mordió el rostro.

Luisa se levantó de un salto.

Castro la siguió de rodillas, sobre la alfombra, y cogiéndola nerviosamente por el vestido, dijo:

—Le daré lo que quiera... pero siéntese... Hace años que sentía amor por usted... Escúcheme...

Y sus trémulos brazos subían, la envolvían, y al sentir y tocar sus formas le inflamaban más.

Luisa, callada, rechazaba sus manos y se esquivaba.

—¡Cuánto quieras; pero oye!—balbuceaba él, atrayéndola violentamente, en tanto que el brutal apetito le hacía respirar como un toro...

Ella, con un tirón desesperado, desasióse, y acongojada, retrocedió diciendo:

—¡Déjeme usted! ¡Déjemel

Castro se levantó jadeante, y con los dientes apretados y los ojos muy abiertos, se fué hacia ella.

Ante aquella bestial lujuria, Luisa, indignada, cogió instintivamente el bastón de junto á la jardinera y le propinó un fuerte bastonazo en la mano.

El dolor y la rabia le pusieron furioso.

—¡Con mil demonios!—rugió rechinando los dientes.

Y la acometió; pero Luisa, levantando el brazo y animada por frenética cólera, le dió rápidamente de bastonazos en los hombros, en los brazos... Estaba lívida y sombría; brillaban cruelmente sus ojos y daba de palos con alegría loca en aquella carne fofa...

Castro, asombrado, se defendió débilmente, retrocediendo y ocultando el rostro... De repente tropezó con la jardinera; el quinqué de porcelana cayó rodando al suelo y una gran mancha de aceite se extendió por la alfombra...

—¿Lo ve usted?—dijo Luisa apretando convulsivamente el bastón.

Leopoldina acudió al ruido.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada; estábamos bailando—dijo Luisa, tirando el bastón al suelo y saliendo de la sala.

Castro, lívido de ira, cogió el sombrero y dijo, mirando terriblemente á Leopoldina:

—¡Quedo agradecido! ¡Cuenta usted conmigo para otra vez!

—¿Pero qué ha ocurrido?

—¡Hasta la vista!—rugió Castro.

Recogió el bastón, y moviéndolo amenazador hacia la habitación en que entró Luisa:

—¡Gran hipócrita!—murmuró rencorosamente y salió dando violentos portazos.

Atónita Leopoldina, encontró á Luisa buscando su sombrero con las manos aun temblorosas, pero con la mirada brillante y satisfecha.

—Me dió no sé qué y le llené la cara de bastonazos—dijo.

Leopoldina, petrificada, la miró.

—¿Le has pegado?—y comenzó á reir de pronto.

—¡Castro el banquero, el de los lentes, cubierto de palos! ¡Llevar Castro una paliza!

Arrojóse sobre la *chaise-longue* sofocada de risa.

—¡Castro el seductor! ¡Venir á casa de una amiga con seiscientos mil reis, y salir con una tanda de palos... y con su propio bastón! ¡Vamos, si el caso es para reventar de risa!...

—Lo peor ha sido lo del quinqué—dijo Luisa.

Leopoldina se levantó de un salto.

—¡El aceite! ¡Qué agujero tan fatal!...

Corrió á la sala y Luisa la halló delante de la obscura mancha, con los brazos cruzados, pálida, como si vislumbrase catástrofes próximas:

—¡Qué mal agujero, Dios mío!

—Echa sal en seguida.

—¿Es bueno?

—Deshace el agujero.

Leopoldina corrió, trajo sal y vertiéndola de rodillas, exclamó:

—¡Ay! Permita Nuestra Señora que no suceda nada mal! Pero ¡qué ocurrencia, vamos, qué ocurrencia!... ¿Y ahora, niña?

Luisa se encogió de hombros.

—Ahora, ya lo sé... ¡Sufrir!

XIII

Aquella misma semana sin recordar Jorge que era día de fiesta, encontró una mañana cerrada la oficina y volvió á casa á las doce. Juana hablaba en la puerta con la vieja que iba á vender huevos; la puerta de arriba estaba abierta, y así, entrando desapercibido, sorprendió á Juliana reclinada en la *chaise-longue* leyendo el periódico tranquilamente.

Al verle balbuceó:

—Tengo disculpa, señor. Me ha dado una palpitación tan fuerte...

—Tan fuerte que se puso á leer el periódico, ¿eh?—dijo Jorge apretando instintivamente el bastón.—¿Dónde está la señora?

—Debe estar en el comedor—dijo Juliana poniéndose á barrer.

Luisa no estaba en el comedor. Jorge la halló en el cuarto de plancha, despeinada, en *negligé* de mañana, trabajando muy afanada y triste.

—¿Pero, estás planchando?—exclamó.

Luisa enrojeció y dejó la plancha. Como Juliana estaba enferma y se había juntado una carga de ropa...